



AGRIDULCE

Este es el comunicado del fin,
no el de la derrota. El terror no
queda derrotado si pervive su
proyecto político

ES una buena noticia, una gran noticia, pero no la mejor noticia posible. Porque falta el anuncio de disolución y de entrega de armas, porque las víctimas siguen orilladas y ausentes, porque persiste la retórica delirante y ofensiva del *conflicto*. Porque el solemne concepto de la *paz* no puede esconderse ni maquillarse tras la simple ausencia de atentados, porque su misma formulación implica un cierto *quid pro quo*, una equiparación moral que expresa incógnitas de una indeclinable amargura. Y porque una organización terrorista no queda derrotada si pervive su proyecto político. Éste es el comunicado del *fin*, no el de la derrota.

Es cierto que años atrás, en vísperas de elecciones siempre se esperaba un atentado. Basta comparar esa circunstancia con la de ahora para apreciar el gigantesco salto que el término «cese definitivo» introduce—si la palabra de los terroristas tiene alguna credibilidad— en el largo tira y afloja entre el Estado y ETA. Por eso el nuevo marco debe ser celebrado sin dobleces como un alivio y un éxito de la democracia. Pero otra cosa es que éste sea el final que merecen tantos años de sufrimiento y de resistencia.

No sólo permanecen muchos flecos sueltos, para empezar el de la propia existencia de la banda y su presunta tutela sobre la política vasca. También el del mantenimiento estricto de la justicia, porque el hecho de que los asesinos dejen de matar no significa que tengan que dejar de pagar. No, no es sólo eso. Es que queda flotando la sensación de que ha existido una negociación subterránea, un Proceso 2.0, un precio pagado por adelantado con la legalización —y posterior acceso al poder— del brazo político de la ETA. Y que como mínimo el Gobierno y el PNV han construido para los terroristas una pista de aterrizaje.

Lo que deja un sabor agridulce es la impresión de que el Estado iba ganando por goleada y se ha conformado con un resultado piadoso. Que ha renunciado a la victoria completa pero silenciosa para obtener un marco escenográfico en el que vender con alharaca una mercancía política. Que ha tolerado una pantomima para colgarse una medalla en su balance. Esa prisa por bajar la persiana de cualquier manera va a tener un coste histórico. No sólo porque ha concedido protagonismo a los etarras, ni porque ha saltado sobre el dolor de las víctimas, ni siquiera porque ha malbaratado la dignidad democrática. Sino porque sitúa a los testaferrros de ETA en el poder institucional y en el marco parlamentario, con posibilidades ciertas de formar una mayoría soberanista en el País Vasco y plantear una autodeterminación unilateral.

El retorno de los brujos comenzó antes, bastante antes, de este comunicado. Disfrazado de opción de paz pero apoyado aún en la amenaza de volver a la violencia. Si el proyecto político de ETA trasciende a la propia ETA no habrá servido de casi nada resistir. No, al menos, con el dolor de 870 bajas.